

ELLE
COSIMANO
Finlay Donovan
los deja KO

Traducido del inglés por Jorge Ollera Castelo



Título original: *Finlay Donovan Knocks 'em Dead*

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021 by Elle Cosimano
© de la traducción: Jorge Ollera Castelo, 2024
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-68-7
Depósito legal: M. 33.606-2023
Printed in Spain

A las Mamás de los Escarabajitos Verdes del 2002

Capítulo 1

Christopher había muerto. Lo encontraron meciéndose en la superficie del agua, con los ojos saltones y vacíos, justo al amanecer. Si bien mentiría al afirmar que nunca había matado a nadie, esta vez no había forma de negar que era responsable al cien por cien.

—No ha sido culpa tuya. —Vero me dio un apretón en el brazo por encima de la sudadera negra para animarme. No había encontrado nada más adecuado que ponerme; no es que me hubiera levantado pensando en asistir a un funeral. Y aun así no sé cómo la niñera joven y mega a la última de mis hijos había conseguido dar con un par de pantalones ajustados, un recogido alto de infarto y una blusa de marca. Me dedicó una sonrisa lánguida—. No lo hiciste aposta.

Sentía la mano delicada de mi hija sobre la mía; me abrazaba por el otro lado con los ojos rojos de llorar.

—En tu defensa —susurró Vero—, hay que decir que las instrucciones venían con una letra muy pequeña. Y a tu edad...

—Tengo treinta y un años.

—Exacto. Nadie pensaría que fueras a ser capaz de leer bien esa letra tan diminuta. Le diste demasiado; ya está.

—Parecía que tenía hambre.

La excusa no me convencía ni a mí. Pero, cada vez que había entrado en el cuarto de mi hija, Christopher había levantado la mirada, con esos ojos redondos y suplicantes.

—Ya lo sé. —Vero frunció sus labios brillantes mientras me daba palmaditas en el hombro—. Lo hiciste con la mejor intención, Finn.

El pez de mi hija vagaba sobre el agua turbia señalándome con la tripa hinchada como un dedo acusador. Christopher fue un regalo de su padre, aunque estaba segura de que Steven se lo había comprado solo para fastidiarme. Para sumar otra responsabilidad a mis espaldas ya bien cargadas, solo para verme fracasar y luego restregármelo en la cara mientras me amenazaba con arrebatarme la custodia. Desde que me dejó por nuestra agente inmobiliaria y se prometieron, se había propuesto demostrar que yo era una incompetente. Para él se había convertido en una competición que no había hecho más que empeorar desde que Theresa y él rompieron. Yo me había empeñado en no dejar morir al pez de las narices para demostrar a mi ex que era capaz de mantener a nuestros hijos —y a la mascota— sin él, con mis escasos ingresos de escritora; que podía proporcionarles alimento y cuidados a Delia y Zach —y Christopher— yo solita. O, al menos, con la ayuda de Vero.

El pez había sobrevivido menos de un mes a mi cargo. Y, aunque Zach no era lo suficientemente mayor como

para delatarme a su padre, guardar un secreto era superior a las fuerzas de Delia. No habría manera de impedir que la noticia de la muerte de Christopher le llegara a Steven. Se regodearía al contárselo a Guy, ese abogado matrimonialista tan rastrero, y probablemente lo usaría en el juicio. «Señoría, me gustaría solicitar su atención sobre el pez de la bolsa correspondiente a la primera prueba. El fallecido fue encontrado panza arriba después de apenas tres semanas al cuidado de mi exmujer. Es evidente que no es apta para ser la tutora legal de nuestros hijos.»

Si Steven tuviera idea alguna del ser humano que había muerto a mi cargo el mes pasado (o de dónde Vero y yo habíamos decidido esconder el cadáver), tal vez le daría un infarto, posibilidad que Vero había sopesado maliciosamente hasta que calculó la baja probabilidad que había de que la noticia lo matara de verdad. Hacía un mes que una mujer llamada Patricia Mickler había escuchado una conversación entre mi agente literaria y yo sobre la trama de una novela en una sandwichería muy concurrida y me había ofrecido cincuenta mil dólares por asesinar a su marido, un hombre horrible que resultó que blanqueaba dinero para la mafia rusa. Que Harris acabara drogado en mi monovolumen había sido un accidente y, a pesar de que yo no fui quien lo asesinó en realidad, su mujer estaba segura de que sí. Le había pasado mi nombre a su amiga Irina, cuyo marido actuaba a las órdenes de dicha mafia tan temible. La muerte del marido de Irina también había sido un accidente. Con todo, ambas mujeres me habían expresado su gratitud entregándome

cantidades generosas de dinero en metálico. Y una propina: alguien había publicado un anuncio en Internet buscando a un interesado que estuviera dispuesto a asesinar a mi exmarido a cambio de dinero.

Vero me tendió la red de plástico verde.

—¿Quieres dedicarle unas palabras?

Zach gateó hacia la pecera con sus piernas gordiflo-nas, con los bordes ondulados del pañal asomándole por debajo de la camiseta negra. Se sujetó con los dedos pegajosos al borde del aparador al tiempo que se impulsaba para ponerse de pie y mirar. Tocó el cristal con un dedo mientras un hilo de saliva se le descolgaba de la barbilla. Delia respiraba entrecortadamente, con el brillo de los mocos sobre el labio superior y la mirada levantada hacia mí, expectante. Cogí la red.

—¿Qué se supone que tengo que decir? —susurré.

Vero me dio un empujoncito hacia la pecera.

—Di algo bueno de él y ya está.

Sujeté la red contra el pecho, esforzándome por encontrar las palabras que consolaran a mi afligida hija de cinco años, que llevaba histérica desde que se había despertado y había encontrado a su mascota flotando en la pecera como un Cheerio. Era escritora, por el amor de dios. Me dedicaba a ensartar frases. Debería serme fácil. Pero, cada vez que miraba a Christopher, lo único que visualizaba era la cara de mi exmarido. No porque quisiera matar a Steven. Bueno, sí, supongo; algunos días sí. La mayoría. Sin duda, cada vez que abría la boca. Pero no importaba lo conflictiva que se hubiera vuelto nuestra relación desde que me había dejado por nuestra agente

inmobiliaria: quería a nuestros hijos y ellos lo querían a él. Y yo nunca haría nada que les hiciera daño a Delia o a Zach.

Alguien quería que Steven muriera. Y no era yo.

—¿Qué puedo decir de Christopher? —Volví la mirada a Vero en busca de inspiración. La comisura de su boca tembló al indicarme con un gesto que continuara—. Era un pez bueno. Amigo fiel y constante para todos nosotros, fue...

Sentí un tirón enérgico en mis pantalones de yoga.

—Cuéntales cómo era su sonrisa —dijo Delia secándose la nariz con la manga del maillot negro— y que era el mejor haciendo burbujas.

Se encogió contra mi costado y hundió la cara entre los dobleces de mi sudadera. Zach frunció su ceño diminuto con preocupación. Di gracias por que fuera demasiado pequeño para comprender de verdad lo que estaba pasando mientras me hacía eco de los sentimientos de su hermana y metía la red en el agua para sacar a Christopher.

Delia se agarró a mi pierna cuando empezamos a desfilar solemnemente por el vestíbulo hacia el cuarto de baño. Zach iba encaramado en la cadera de Vero, detrás de nosotras, cerrando nuestra procesión. Nos paramos en torno a la tapa levantada del váter y presentamos nuestros últimos respetos a Christopher cuando cayó al inodoro con un suave ploc.

Delia me tomó el brazo cuando fui a tirar de la cadena.

—¡Mami, no!

—Cariño, tenemos que hacerlo. No lo podemos dejar ahí para siempre.

—¿Por qué no? —lloriqueó.

—Porque... —Le lancé a Vero una mirada de auxilio. Sin duda, este caso no venía en mi ejemplar de *Qué se puede esperar cuando se está esperando*. Que me devolvieran el dinero.

—Porque —aportó Vero para ayudar— va a empezar a oler mal y... —Le pisé un pie con fuerza.

—Pero no voy a volver a verlo —sollozó Delia.

Una burbuja se le infló en la nariz y se la limpié con mi manga.

—Siempre nos quedará su recuerdo. —Y las decenas de fotos que Delia me había hecho publicar con la etiqueta #instapececito.

—A lo mejor podemos ir a la tienda de animales a por otro. —Las palabras salieron de la boca de Vero antes de que pudiera impedirlo.

Delia estalló en un intenso lloriqueo. A Zach le empezó a temblar el labio inferior.

—¡No quiero otro pez! —chilló mi hija—. ¡Como Christopher no hay ninguno!

—Tienes toda la razón —dije elevando la voz mientras ambos empezaban a aullar—. Nunca habrá un pez como él. Deberíamos rendirle homenaje con un minuto de silencio.

Delia apretó los labios. El silencio se hizo en el cuarto de baño, salvo por los sollozos que estremecían a mis hijos. Bajé la cabeza y le di codazos a Vero en las costillas hasta que también inclinó la suya. Esperé un minuto en-

tero antes de poner la mano sobre la palanca de la cisterna. Esta vez Delia no intentó detenerme y, tras un remolino de escamas naranjas, Christopher desapareció.

Vero le despeinó con delicadeza los mechones puntia-
gudos a Delia, empapados de lágrimas.

—Ven, Dee, que te voy a hacer unas galletas.

—No muchas, ¿eh? —le recordé. Mi madre estaba preparando pavo relleno para un regimiento y me mataría si les quitaba el apetito a los niños antes de la cena.

Zach soltó un chillido cuando Vero lo levantó del suelo y lo llevó abajo. Delia remoloneó y miró por última vez el váter antes de seguirlos hacia la cocina.

Cuando me dirigía a apagar la luz, me detuve. Me volví y tiré de nuevo de la cadena, porque no soy la persona con más suerte del mundo ni tampoco tan tonta como para creer que los muertos nunca van a volver a visitarme.